

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.

Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 por trimestre en la administración.—En Ultramar: 30 rs. al mes y 90 por trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saaavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

ADVERTENCIA.

Recordamos a los señores cuya suscripción concluye el 30 del corriente, que la renueven a tiempo para no sufrir retraso en el recibo del periódico.

Los sellos que se manden en pago de las suscripciones deben venir en carta certificada.

Si la suscripción se ha hecho en casa de alguno de los comisionados de la empresa en provincias, y no se recibe el periódico, la reclamación debe dirigirse por conducto del mismo comisionado.

PARTE EXTRANJERA.

La solemnidad con que va a celebrarse el décimo octavo aniversario secular de la gloriosa muerte de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, no tiene ejemplo en la historia de la Iglesia. No somos nosotros, es el Cardenal Patrizi quien lo asegura en el *Invito sacro* que, con ocasión de las próximas fiestas del Centenario, ha dirigido a los romanos.

¿Por qué en el siglo XIX, en el año de gracia de 1867 que estamos atravesando, se despliega tanta suntuosidad y magnificencia para solemnizar una fiesta que se celebra de siglo en siglo? ¿Es acaso porque en la presente época hay mas y mejores elementos materiales que en las anteriores? ¿Es porque el siglo actual abunda en sentimientos de piedad mas acendrados y de fervor religioso mayor que los siglos anteriores? No. Nunca se han conocido tiempos tan impíos e irreverentes como los actuales y en todos, pero mas principalmente en los inmediatos a los nuestros, Roma ha sido el gran museo del mundo, el emporio de las letras y las artes, tan adelantadas como hoy para poder con su concurso dar brillantez y esplendor a una festividad religiosa secular y como secular extraordinaria. ¿Cómo, por consiguiente, puede atribuirse a las causas indicadas la grandiosidad y la pompa con que este año va a celebrarse el décimo octavo Centenario? Imposible.

Otra muy diversa es la causa del aparato con que se van en breve a solemnizar los acontecimientos religiosos que el cielo presenciara con regocijo, los católicos con ardiente fe y emoción sacrosanta, la revolución con despecho, el mundo todo con asombro, y el infierno con diabólica rabia. Precisamente la falta de fe y de fervor religioso, la impiedad y la incredulidad que traen estragada a la pobre sociedad de nuestros días, es lo que ha dado margen a las solemnidades para cuya descripción seria necesario el estro de la poesía, la elocuencia de toda la oratoria y una pluma celestial. Precisamente porque hasta el presente siglo no ha sido la Iglesia tan rudamente y por medios tan refinados perseguida; precisamente porque nunca hasta ahora ha habido tanto odio a la cátedra de Pedro, roca firmísima en que se asienta, como en Trono invulnerable a toda clase de ataques, la divina esposa de Cristo; precisamente porque no se ha conocido jamás tanto número de incrédulos y de católicos racionalistas y pseudo-políticos que desprecian la autoridad de la Santa Sede, y que, frenéticos por el orgullo que les anima, y desatentados por el error que les mueve, quieren imponer sus doctrinas a Aquel a quien se dió el poder de apacentar las ovejas y los corderos que componen el rebaño de la Iglesia y creen sin vida a Aquel que tiene por colación divina las llaves del reino de los cielos; precisamente por esto, y nada más que por esto, va a conmemorar la Iglesia con una grandeza sin precedentes en la historia de las diez y siete fiestas iguales anteriores el cruel martirio y gloriosa muerte de San Pedro y San Pablo. Tampoco somos nosotros, sino el Cardenal Patrizi quien lo afirma.

¿Con qué objeto se da tan inusitada suntuosidad y tan extraordinaria magnificencia a la festividad que se va a celebrar? Para demostrar una vez más al infierno y a sus actuales mundanales instrumentos el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, que lo que estos y aquel creen sin vida, tiene una vida esplendente con la que vivirá hasta la consumación de los siglos y para reanimar la fe bastante amortiguada de muchos católicos: para probar a todos la inflexibilidad concedida a la Iglesia por quien, siendo dueño de toda potestad en el cielo y en la tierra, y no pudiendo faltar a su palabra, prometió estar con ella hasta la terminación de los tiempos.

Y, ¿quién no ve, por sumergido que esté en el error, esa divina dote de la Iglesia, la inflexibilidad? Pocos nos los Soberanos Pontífices, y al hablar de estos hablamos implícitamente de la Iglesia a la cual sirven de cimiento, como lo saben perfectamente sus enemigos, pocos son los Soberanos Pontífices de quienes no ha dicho el

infierno que eran el último Papa. Sin embargo, todo ha pasado y el Pontificado subsiste incolmado y cada vez más floreciente. «Los perseguidores más crueles del nombre cristiano, hanse sucedido unos a otros rivalizando en el encarnizamiento y todos han desaparecido de sobre la faz de la tierra. El paganismo romano desapareció también sepultado bajo el peso de sus crímenes. Las invasiones de los bárbaros transformaron por completo los pueblos y naciones de la antigüedad. Leyes, ciencias, costumbres, lenguaje, todo tomó un aspecto nuevo o desapareció para siempre. Después el feudalismo, las dinastías, los pueblos, las heregias, todo ha cambiado, pero ha desaparecido. En medio de este general trastorno del mundo, solamente la cátedra de San Pedro, desafiando siempre las puertas del infierno y arrostrando sin cesar todas sus iras, ha atravesado inquebrantable los tiempos demostrando con esto la divinidad de su origen. Los soberbios filósofos y los orgullosos magnates del paganismo ¿cómo habían de figurarse semejante prodigio, la conservación única de la Roma pontificia en medio de tanta ruina?»

Reservándose, el Cardenal Patrizi, la facultad de comunicar por otros *Invitos sagrados* las funciones que el día de San Pedro tendrán lugar en el Vaticano, manda de orden de Su Santidad que la novena ordinaria de los Santos Apóstoles se celebre en todas las iglesias de Roma con el mayor esplendor y devoción posibles, y que la víspera de la fiesta se echen a vuelo las campanas de todos los templos y se toquen de ese modo por espacio de una hora, recomendando a la vez la estricta observancia del ayuno y abstinencia de la vigilia de San Pedro.

Por último, el Cardenal Patrizi exhorta a los romanos a dar culto especial a los Santos Apóstoles en las próximas fiestas, recordándoles los favores que de estos han recibido, la necesidad de su protección y de que todos los fieles sean consolados en la piedad y confundidos los impíos, y concluye invocando a San Juan Crisóstomo que decía que «las tumbas de San Pedro y San Pablo eran para Roma lo que los ojos para un cuerpo robusto y lleno de salud», y moviendo al fervor a los romanos con la contemplación del espectáculo que ofrecerá Roma el día de la resurrección al presentar a Dios el don más magnífico y la guirnalda más brillante del Catolicismo, y el que ofrece en el mundo al albergar dos tumbas que son el apoyo de la Iglesia.

Si, los romanos, y con los romanos todos los católicos se prosternarán fervorosos y conmovidos realmente, o con la intención ante esas gloriosas tumbas el día del aniversario de la muerte de los que en ellas fueron sepultados. Pero ¿qué cosas tan grandes están destinadas el inmortal Pontífice Pío IX? El Papa que ha sufrido toda clase de persecuciones, y declaró dogma de fe el augusto misterio de la Inmaculada Concepción de María, y ha condenado todos los errores modernos, y celebra el Centenario, según se dice con mucha insistencia va en breve a convocar un Concilio general. Todas las correspondencias que dirigen de Roma a los periódicos católicos franceses y a otros diarios extranjeros, siguen anunciando, no ya la posibilidad y la probabilidad, sino la seguridad de que el acto de la convocación de un Concilio general se anunciará uno de estos días, y se verificará dentro de poco tiempo llamando a los Obispos del orbe católico para el mes de Enero del año 1869.

El *Observatore Cattolico* de Milán, dice que «su corresponsal le ha participado las anteriores noticias y que, no pudiendo dudar de la exactitud de los informes que este habrá recibido, la idea de la celebración de un Concilio, le parece majestuosa, elevada y oportunísima. La Iglesia está fundada sobre Pedro y Pedro es infalible y capaz por lo tanto de regir por sí solo la Iglesia; pero como hay muchos (agreguense liberales) que llamándose católicos no quieren someterse mas que al juicio de la Iglesia es, dando el caos y la confusión en que se encuentran sus inteligencias, conveniente, si el Padre Santo cree que ha llegado la ocasión oportuna, que escuchan el juicio de la Iglesia precedido de aquellas sublimes palabras *Visum est Spiritui Sancto et nobis*, para que no tengan ya mas remedio que abdicar sus errores o dejar de pretender el vivir en la comunión de los fieles.

Por otra parte, ¿cómo no ha de parecer majestuosa y elevada la idea de un Concilio, siendo así que todos los celebrados desde el Niceno hasta el Tridentino han sido las asambleas más eminentes que la historia refiere por la dignidad, talento, instrucción y virtudes de sus miembros, por la importancia de las cuestiones que recibieron en ellos una solución infalible, y sobre todo, por la asistencia del Espíritu Santo?

DESPATCHOS TELEGRÁFICOS.

París, 24.—L'Etendard hace mención de un

despacho que Mr. Seward, ministro de Negocios extranjeros en los Estados Unidos, ha enviado a la legación americana en Viena.

Este despacho anuncia que el Emperador Maximiliano ha sido condenado al destierro, que ha salido ya de Méjico, y desembarcará en Inglaterra.

Un telegrama de Ibrahah asegura que han estallado disturbios muy serios en Bulgaria.

Varias cuadrillas armadas ocupan los desfiladeros de los Balcanes.

Londres, 23.—El comité de recepción a los voluntarios belgas se ha reunido bajo la presidencia del príncipe de Gales, y ha resuelto invitar a la festividad del tiro al general Mellinet, comandante de la guardia nacional del Sen.

El Rey de Bélgica ha prometido ir a Londres con el mismo motivo.

París, 23.—El *Constitutionnel* dice que el Emperador Maximiliano se ha embarcado ya ó está próximo a embarcarse.

Florenza, 22.—La *Gaceta* de Florenza publica un decreto disponiendo la inmediata ejecución de la convención últimamente verificada con el Gobierno pontificio, sobre distribución de los antiguos Estados de la Iglesia.

Un suscriptor del periódico *L'Univers* propone que todas las ciudades católicas hagan el día 29 del actual una manifestación pública y solemne, demostrando de esta modo que todos los pueblos toman parte en la alegría de los romanos. Creemos que esta idea encontrará eco en España, como lo ha encontrado en Francia.

En una correspondencia de París se lee lo siguiente:

«Se trata de organizar en París para mientras duren las fiestas de Roma, un solemne triduo en una de las iglesias dedicadas a San Pedro, en donde dejarán oír su voz el P. Jacinto, el P. Félix y el P. Mijar, esto es, los tres oradores sagrados que en cada una de las tres órdenes a que respectivamente pertenecen, han alcanzado grande fama. Se cree serán muchos los extranjeros que acudan a oír la elocuente palabra de estos tres religiosos, con lo cual conseguirán al menos llevar consigo un recuerdo más importante que el de las distracciones y esplendentes fiestas puramente materiales de nuestra capital.

El jueves próximo el círculo de la juventud católica celebrará una solemne reunión en la cual se invitará a tomar la palabra a César Cantú. Se dice que se proponen asistir a esta reunión algunos católicos notables, que aun se hallan en París. César Cantú no había estado en Francia desde 1847, en cuya época Mr. Guizot le envió la cruz de la Legión de Honor como testimonio de aprecio por sus obras históricas. Me consta que el ilustre historiador tiene intención de dirigirse a Malinas para tomar parte en el próximo Congreso, y que hasta lo ha participado ya por escrito al excelente y adicto secretario general, M. Dupetitiaux. Cantú será un precioso cooperador, y agregándole a los que se han comprometido a asistir, hay motivo para creer que la nueva asamblea católica será digna de las anteriores.

De algun tiempo a esta parte se trata de difundir los rumores más alarmantes acerca de la salud de Pío IX. Los despachos de Roma del 20 anuncian, sin embargo, que el Papa, rodeado del Sacro Colegio, había presidido la ceremonia del Corpus, lo cual desmiente mejor que con palabras la supuesta enfermedad del Padre Santo.

La discusión del Cuerpo legislativo francés sobre la adquisición del camino de hierro que se llama de Victor Manuel, ha puesto al descubierto grandes irregularidades, gastos no justificados, documentos viciados y cuentas enredadas. Un empréstito de veinte millones de francos costó siete por derecho de comisión.

En un total de obras presupuestadas en cuarenta y un millones de francos, los estudios preparatorios importaron diez y nueve millones y medio de francos.

Con este motivo dice un periódico español que en todas partes cuecen habas. No habas sino piedras pueden hoy coerse en gran parte de Europa al vivo fuego del liberalismo.

Garibaldi está meditando en un pueblecito cerca de Florenza, sobre el modo de posesionarse de Roma con ayuda de los francmasones.

Para el 15 de Julio se ha fijado el viaje de los Emperadores de Austria a París. Las fiestas de la coronación en Hungría han alterado la salud de la Emperatriz, que según la antigua costumbre ha observado el riguroso ayuno que precede a la ceremonia de la consagración. S. M., cuya salud es delicada, necesita descansar antes de ponerse en camino para París.

El bill de reforma que tanta clase de incidentes ha suscitado en Inglaterra, ha fracasado en la Cámara de los Comunes, habiendo sido desechado en la sesión del 21 por 272 votos contra 254.

La situación de la Iglesia católica en Polonia es deplorable. Las autoridades se figuran que el clero es quien alienta la rebelión, y la policía tiene orden de vigilarle rigurosamente. Hasta el servicio divino católico era vigilado.

Un despacho particular de Constantinopla trae

algunos pormenores sobre la marcha del Sultan. Este se embarcó el 21 a las tres y media de la tarde en el *Sultanieh*. S. A. va acompañado de su ministro de Negocios extranjeros, Fuad-bajá, y escoltado por dos fragatas acorazadas turcas, un aviso de vapor y el *Forbin*, a bordo del cual iba el embajador de Francia, Mr. Bouree.

El Sultan con su escolta debe llegar a Nápoles el miércoles, y continuará en seguida su camino siguiendo las costas, y parando entre la isla de Elba y el continente, llegará directamente a Tolón, sin tocar en Ajaccio, como suponían algunos periódicos.

El *Internacional* asegura que el Emperador Maximiliano ha publicado una proclama muy hostil al Emperador Napoleón, acusándole de haberle abandonado en el momento de la lucha. Esta noticia merece confirmación.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 25 DE JUNIO DE 1867.

TESTIMONIOS DE «EL IMPARCIAL»

CONTRA EL PAPA.

Los redactores de *La Cruzada*, revista semanal de ciencias, literatura y artes, que se publica en esta corte, tuvieron a bien enviar los dos primeros números de su obra a los extranjeros que, en su concepto, se han distinguido más en defensa de nuestra Santa Religión. Dirigiéronles además una carta que no podía menos de ser atenta y discreta, saliendo de la pluma de tan ilustrados escritores, y en el número correspondiente al 25 del actual, dan cuenta de las contestaciones que han recibido del señor Obispo de Orleans, del señor conde de Champaign, del Padre Félix, de fray Jacinto de la Inmaculada Concepción, y del conde de Montalembert.

Aprovechándose *El Imparcial* de algunos trozos de estas cartas, los hace valer en un artículo que intitula: *El neo-catolicismo condenado por el Catolicismo* para probar, con la autoridad de aquellos personajes «que los hombres que más presumen de católicos en nuestro desdichado país, lanzan furiosos anatemas contra toda libertad y todo progreso (qué falsedad!). entonan himnos de alabanza a todo lo pasado, ¡otra! y piden a grandes voces el restablecimiento de todo lo ilógico, de todo lo absurdo (¿alude sin duda a las órdenes religiosas?), de todos los abusos, de todos los errores, de todas las preocupaciones, de todas las ignominias; y (prosigue) ¡por qué no lo hemos de decir de una vez? de todos los crímenes que señalaron la larguísima y funesta época de la dominación teocrática en España.»

El diario liberal sigue despatchándose a su gusto para combatir a la Iglesia, cubriéndola hipócritamente con la máscara de *neo-catolicismo*, y añade que «ni el racionalismo, ni el protestantismo, ni la indiferencia, hacen tanto daño a la Religión como esos amigos indiscretos ó esos hipócritas pertinaces (los católicos) que hacen de ella un manto para encubrir lo que no puede aparecer impunemente a la luz del día.»

Esta horrorosa diatriba, este conjunto de ridículas falsedades y de calumniosas declamaciones, termina con el siguiente trozo:

«Por fortuna de esa misma Iglesia católica que nunca ha dejado de comprender su misión, se levanta un grito unánime reprobando la conducta de los modernos fariseos en la prensa y en el público. Hoy mismo tenemos a la vista documentos irrecusables que apoyan nuestra opinión, y vamos a reproducirlos, aunque sólo sea por el gusto de ver cómo nuestros neo-católicos se rebelan contra tan altas autoridades.»

Vamos a ver esas autoridades; vamos a ver el fundamento de tantas y tan violentas acusaciones; vamos a ver cómo se las compone el periódico revolucionario para probarnos con autoridades que es lícito rebelarse contra la suprema autoridad.

¿Qué dice Monseñor Dupanloup, venerable Obispo de Orleans?

«Un largo y penoso viaje que mi salud exigía, y del que acabo de volver, y grandes fatigas aquí, no me han permitido aun enterarme por completo del número que me enviáis; pero vuestra carta revela sentimientos que tengo el mayor gusto en aplaudir.

Indignados de las protestas en favor del ateísmo y del materialismo que una juventud estraviada ha hecho oír al mundo con espanto, os agrupáis algunos jóvenes generosos para combatir esas vergonzosas y funestas doctrinas, y para defender las grandes y eternas verdades que son la base de la Religión, como del orden social también. Huélgome mucho de estos sentimientos y valerosos esfuerzos, y bendigo con alegría vuestra joven bandera. Tenedla siempre izada y enhiesta, y defended a vuestra católica nación contra la invasión de estos errores anti-sociales y anti-cristianos, como la defendierais de una nueva invasión de la barbarie. Y persuadid, por otra parte, a la juventud española, de que todo cuanto amengüe la Religión de vuestra patria, otro tanto perderá España.»

¿Hay aquí una sola palabra, siquiera una tilde que pueda ni remotamente interpretarse en favor del liberalismo? Ofenderíamos la ilustración de nuestros lectores demostrándoles que si alguna cosa aparece en las precedentes líneas, es la proclamación de las grandes verdades que *La Cruzada* sostiene en la ciencia, la literatura y el arte, y que nosotros defendemos además en el campo religioso y político.

La carta del Padre Félix es la siguiente:

«Estoy profundamente agradecido a la afectuosa carta que la redacción de *La Cruzada* se ha servido dirigirme. Me confunde al mismo tiempo el alto honor que me haceis, y os agradezco sobre todo los testimonios de simpatía cristiana y católica que encierra vuestra carta. Estoy bien lejos de merecer los títulos que me da en ella vuestra gran benevolencia. Me agrada, sin embargo, saber por vuestro conducto que mis palabras puestas al servicio de nuestra madre la Santa Iglesia católica encuentran eco en esa generosa España, a la que, lo confieso, amo con marcada predilección. No puedo, por lo tanto, sino tenderos la mano y deciros, aplaudiendo vuestra noble y santa empresa: valor y confianza. Sed los nobles cruzados del siglo XIX; marchemos unidos en la oración, la palabra, la ciencia y el sacrificio a la defensa de esta santa causa de Jesucristo y de la Iglesia, que es la gran causa del progreso y de la verdadera civilización.»

El Imparcial, que no copia más que el último párrafo de esta carta, subraya la frase que también nosotros subrayamos, como queriendo dar a entender que en ella nosotros, y con nosotros todos los católicos que tienen horror al liberalismo, estamos inevitablemente condenados.

O *El Imparcial* no sabe lo que se dice, ó si lo sabe, trata buenamente de embaucar a sus lectores haciendo aparecer al reverendo Padre Félix, el célebrísimo campeón de las *Conferencias sobre El Progreso*, como un liberal, y progresista por añadidura. Esto de puro cándido es soberanamente ridículo. Como entiendo el Padre Félix el progreso lo está explicando a la cerca de una docena de años. Lo saben nuestros suscriptores que se gozan en las *Conferencias*, lo sabe toda persona medianamente ilustrada; y el diario liberal hace una ofensa a la inteligencia de los españoles en quererles dar gato por liebre. Nosotros hemos dicho mil y mil veces lo que ahí repite el Padre Félix; nosotros entendemos y proclamamos el progreso como lo proclama y entiende el Padre Félix; y *El Imparcial* no lo entiende así, y el liberalismo no lo entiende así, sino contra el Padre Félix a quien combate y contra el Papa a quien persigue. El Padre Félix puede y debe hablar del progreso, porque para que su palabra y su concepto sean clarísimos é inequívocos, ha estado años y años explicando el verdadero progreso a la faz del mundo entero que escucha o lee embebecido y absorto sus magníficas y magistrales explicaciones; como nosotros podemos hablar y proclamar la verdadera libertad, porque al cabo de ocho años de pelea contra la libertad contrahecha, no hay nadie que al oírnos encarecer la libertad pueda suponer que aludimos a la falsa y mentida del liberalismo.

Vamos a la carta del Padre Jacinto. Acerca de este famoso y virtuosísimo Carmelita se ha hablado mucho en estos últimos tiempos, con el intento de hacerlo pasar por liberal. Pudiera suceder muy bien que un religioso dedicado a la vida austera y contemplativa del claustro, por falta de conocimiento de la sociedad mundanal que cerca su retiro, hubiese abrigado ciertas ilusiones hijas del mejor deseo y de un espíritu generoso; pero nosotros que no lo hemos oído predicar, solo sabemos que recientemente ha desmentido el texto que los periódicos nos han dado de sus sermones, manifestando que todos se han publicado sin su conocimiento y revisión. Por consiguiente, nada de lo que acerca de ellos se diga, puede considerarse como aprobación ni como censura incondicionales de las ideas y opiniones del Carmelita.

Por de pronto, véase su carta a los redactores de *La Cruzada* y de ella, si algo se deduce acerca del punto concreto que estamos examinando, es precisamente lo contrario de lo que *El Imparcial* se propone demostrar.

«Me ha conmovido, a la vez que honrado la idea que han tenido Vds. de remitirme el primer número de su nueva revista *La Cruzada*. Esta prueba de simpatía, que yo estaba bien lejos de esperar, me ha probado que tenía amigos allende los Pirineos, y que hoy, gracias a las comunicaciones maravillosas que existen entre los hombres, la más insignificante palabra pronunciada en cualquier parte en favor de Jesucristo y de su Iglesia, tiene seguramente un eco instantáneo en todos los corazones católicos.

Hago votos por el feliz éxito de su revista. Vuestros padres no temblaron ante la morisma, cuando esta era señora de casi todo vuestro hermoso suelo, sino que merced a siglos de heroísmo, restituyeron a España a sus hogares cristianos, cuyos hijos sois y cuyas santas tradiciones continuáis. No

nos asuste ya esta invasión interior de la cristiandad por medio del racionalismo, aunque sea más temible. Tengamos tan sólo, al par que la fe de los cruzados, el conocimiento de nuestra época, y sepamos servirnos valerosamente de las nuevas armas que la Providencia pone en nuestras manos. Nuestra victoria es tan segura, como lo ha sido la de nuestros padres; y me atrevo á decirlo, que será más completa.

¿Qué es la invasión interior de la cristiandad por medio del racionalismo? ¿Qué es sino la reprobación de la conducta de los liberales que á la divina autoridad del Sumo Pontífice tratan de oponer, aunque en vano, la autoridad de los hombres?

Sigue la carta del conde de Montalembert, que dice así:

«No sabré enaltecer lo bastante el celo y el valor que os han movido á emprender la tarea laboriosa que os habéis impuesto en medio de las circunstancias críticas que está atravesando vuestra hermosa patria. Pido sinceramente á Dios que bendiga vuestra obra. ¡Ojalá pueda contribuir á apresurar el día en que la generosa y católica España recobre el rango que tres siglos de despotismo la han hecho perder, y que la revolución no le ha devuelto.»

El conde de Montalembert es el único de los personajes arriba citados que pertenece, aunque de buena fe, á la escuela conocida en Francia con el nombre de *católico liberal*. Su testimonio, pues, dado que fuese concluyente y expedito, que está muy lejos de serlo, no probaría mas, sino que el conde de Montalembert es constante, pertenezca en sus desdichadas opiniones. Pero en la carta solo hay una apreciación histórica respecto de España, á saber; que tres siglos de despotismo han hecho perder á nuestra nación la categoría que tuvo anteriormente, y que la revolución, esto es, el liberalismo, no se la ha devuelto. La segunda parte de este aserto es clara y evidente; la primera poco terminante. ¿Qué siglos son esos de despotismo? ¿Alude el ilustre conde al despotismo en España, al despotismo francés, al despotismo de Luis XIV tan funesto á la Iglesia y que realmente hizo decaer á España de su antiguo puesto?

Interpretando bien las palabras que acabamos de copiar, mas nos inclinamos á creer que Montalembert modifica sus opiniones, que no que insiste en sus errores.

A mayor abundamiento, tenemos que los redactores de *La Cruzada*, periódico que no tiene propiamente carácter religioso ni político, se han propuesto poner, sin duda, algún correctivo á dichas frases, diciendo terminantemente que haciendo los ilustres extranjeros apreciaciones particulares acerca de nuestra patria, dejan por completo la responsabilidad de estas á la persona que las hace.

Pero aunque estas apreciaciones significasen lo que pretende *El Imparcial*, ¿qué valor tendrían contra el *Syllabus* de Su Santidad? Aunque un Obispo y cien Obispos dijeran una cosa contraria á las declaraciones de la Santa Sede, ¿qué valdría su dicho para los católicos? Que viniese un ángel, que descendiese del cielo todos los coros angelicos, añadiríamos nosotros, recordando el dicho de un Santo Padre, y nos revelarían una doctrina religiosa; como el sucesor del Príncipe de los Apóstoles no declarase que aquella doctrina era verdadera, no la creeríamos, no debíamos de creerla. Y si el Sumo Pontífice nos dijese con la Iglesia: *mienten los ángeles*, estaríamos ciertos, seguros infaliblemente, seguros de que el Papa decía la verdad, y de que los ángeles (perdónenoslo lo absurdo de la hipótesis), y de que los ángeles mentan.

Nada sabemos, nada podemos saber, nada queremos saber en el órden sobrenatural y teológico que no nos enseñe Pedro, porque *dónde está Pedro está la Iglesia*.

¿Qué vale, pues, el argumento de autoridad que nos presenta *El Imparcial*? En sustancia nada, absolutamente nada, porque es hasta *contra producentem*. Pero en el fondo es un feo ataque á la Iglesia, á quien se aparenta defender; porque se quiere combatir la autoridad del Papa con la autoridad de Montalembert, de Monseñor Dupanloup, del Padre Félix y del Padre Jacinto. Nos equivocamos: al Papa y al Catolicismo se opone solo la autoridad de *El Imparcial*, que con pretexto de esos nombres ilustres y sin venir á cuento, intenta combatir y desprestigiar las declaraciones de la Iglesia.

¿Por qué *El Imparcial* no cita la carta que al director y redactores de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* se ha dignado dirigir Su Santidad, y cuyas principales frases aparecen diariamente al frente de nuestros números? Porque son del Papa, y el liberalismo quiere destruir la autoridad del Sumo Pontífice con la autoridad de la razón privada. ¿Por qué no recuerda lo que tantos Prelados españoles y extranjeros han dicho contra el liberalismo y contra los que atacan á la Iglesia poniendo por pantalla á los calumniosamente llamados *neo-católicos*? ¿Por qué torturando frases y dándoles un sentido que no está ni ha estado en la mente de sus autores, se atreve á cantar con líbido trémulo un triunfo cuya falsedad se lee en el fondo de su corazón?

¡Ah! Porque así como el pecador habitual quiere aturdirse haciendo á todo el mundo cómplice de sus vicios, el que habitualmente yerra, el que no quiere entender para obrar mal, como dicen las Sagradas letras, quisiera que todos, hasta sus más denodados adversarios, hasta el Padre Félix, fuesen cómplices de su error.

No, no, y mil veces no. Errad, si queréis; revolvois contra la Iglesia y contra su Cabeza visible; pero en vano queréis esconderos con testimonios de buenos católicos; en vano inten-

tares arrancaros el dardo del remordimiento que atraviesa vuestra conciencia. Cuanto más pugneis por sacarlo de las entrañas, más y más al fondo llegará; más ancha será esa herida, vivo y sangriento testimonio de la verdad.

Concluamos repitiendo las palabras que el día 17 ha pronunciado Su Santidad:

«Una gran parte de la sociedad actual se deja seducir por las falsas ideas de progreso y unidad; pero es un progreso sin verdad, una unidad sin caridad ni justicia»....

Repetimos y renovamos la resolución que condenó el *Syllabus*.

¿Lo oís? Os revolvois contra el *Syllabus* y el Papa os lo vuelve á clavar en el corazón.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

LOS DOS MUNDOS.

Estamos asistiendo en estos días á uno de esos espectáculos sorprendentes que forman época en la serie de los siglos, y que no es probable vuelva á reproducirse al menos con circunstancias tan relevantes y tan considerables proporciones. Trátase del más grande de los certámenes en que van á exhibirse dos civilizaciones opuestas, que bien puede decirse constituyen como dos mundos distintos: el mundo católico y el materialista, el campo de la fe y el de la incredulidad, el mundo de los que considerando esta vida como una peregrinación en valle de lágrimas, creen en promesas altísimas y en un reino eterno, y el de los que sólo aspiran á embellecer esta efímera vida aumentando y perfeccionando los goces materiales, olvidándose por completo del espíritu. No otra cosa significan esos dos grandes concursos: el Centenario de San Pedro y la Exposición universal; de una parte la voz augusta del Vicario de Jesucristo, reuniendo en rededor de sí á todos los Obispos del orbe para una sublime solemnidad religiosa; de otra el llamado *progreso moderno*, ostentando en un lujoso palacio sus más preciadas maravillas y mostrando á sus numerosos admiradores sus doradas y elegantes baratijas. Bien sabemos que no es de hoy esta pugna entre las obras del espíritu y las de la carne; pero á nuestros tiempos estaba reservado el verla presentarse desmembradamente destacándose clara y distinta bajo una forma sensible. Todas las miradas se fijan hoy instintivamente en dos puntos, ¡Roma! ¡París!... ¿Cuán importantes consideraciones sugiere la simple enunciación de estas dos ciudades! ¡y cuán diversas emociones producen en el alma sus nombres! No es de hoy que París sea la ciudad de la materia y Roma la del espíritu; pero estos caracteres reconocidos, aun por los hombres menos observadores ya há mucho tiempo, nunca se han delineado con tanta exactitud como en esta ocasión. Y es que ya es necesario que los bandos se deslinden perfectamente, que nadie pueda dudar, por rudo ó miope que sea, que no hay más que estos dos caminos, á fin de que se acaben los términos medios y las interpretaciones ambiguas, para que los hombres y las sociedades se resuelvan de una vez entre la adoración del verdadero Dios y la adoración del becerro de oro, entre el sacrificio y la abnegación por la fe, y el egoísmo, y la sensualidad, por el *yo* y la materia.

Si, es evidente, ya no cabe entenderlo de otro modo, ni es posible hacerse ilusiones; los hombres vacilantes, irresolutos, y los partidarios de conciliaciones imposibles, ya no podrán tergiversar las cosas desde que la situación se ofrece tan clara y de relieve, y tendrán que escoger uno de los dos términos después de hecha la comparación correspondiente. Pasó el tiempo de los múltiples sistemas y de las innumerables teorías filosóficas, en que los hombres se entretenían disfrazándose y engañándose mutuamente. Cuando las sociedades, cansadas de vanas especulaciones, tratan de limitarse al terreno puramente práctico, todo se simplifica. Hoy, pues, la cuestión se halla reducida á creer ó no creer, y á dar culto á Dios ó á la materia; el gran espectáculo del día no es sino el desarrollo de la fe ante los que están privados de ella. Si, es el gran día de la fe, el momento en que se ostentan las dos partes, banderas que han separado moralmente á los pueblos. Preguntemos sinó á los forasteros de la Ciudad Eterna, y ellos nos dirán que han volado allá en alas de esa poderosa virtud que traslada los montes; que su objeto es robustecer esta misma fe, inflamar su espíritu, abrir su pensamiento á las grandes concepciones del plan divino; que sólo en el Catolicismo y por la humildad encuentran las inteligencias, y abrir su corazón á los dulces sentimientos é inefables consuelos, que son también exclusivo patrimonio de esta Religión santa. Pero si nos dirigimos á ese otro grupo de los que han corrido á la ciudad de los placeres y de la industria, ansiosos de gozar y deseando saciar su curiosidad con mil novedades, les hallaremos preocupados y embebecidos con los prodigiosos adelantos de las artes y de la industria, y envanecidos del poder del hombre que le dá, según dicen, una especie de omnipotencia á que nada se resiste. De aquí el que su razón orgullosa no admita ningún freno; su corazón excesivamente aficionado á las comodidades de la vida no puede desprenderse de la materia y elevarse á las puras regiones del sentimiento católico. En Roma encontraremos oraciones, consuelos espirituales, fiestas religiosas, el culto divino en todo su esplendor y magnificencia; y esto ¿qué es? Creer, dar la primera importancia á lo espiritual, á lo eterno. En París máquinas, inmensa variedad en objetos de industria y de arte, lujo, suntuosidad, placeres, por todas partes diversiones

y espectáculos profanos hasta satisfacer el gusto más estragado; y esto ¿qué es? No creer en lo espiritual y por lo mismo dar la supremacía á la materia, no creer en los goces divinos futuros, y por lo tanto, apurar hasta las heces la copa de los placeres terrenales.

Pero qué, oímos decir, ¡la Iglesia católica ha de ser constante enemiga del progreso material! Luego habrémos de condenar, según eso, todos aquellos adelantos conseguidos por el trabajo y el ingenio del hombre y que tienden á mejorar la vida; luego hay incompatibilidad absoluta entre las dos cosas, entre el progreso material y el progreso moral como entre dos términos antitéticos. Mil veces se ha contestado por los católicos á esta absurda calumnia que sus enemigos les han arrojado á la cara. ¿Cómo ha de condenar el progreso material la que es madre de todo verdadero progreso? ¿cómo ha de amar las tinieblas la que es fuente de toda luz? Lo que reprueba es el abuso y el extravío producido por la ausencia completa del principio religioso, lo que deplora es ese desquilibrio tan fatal para los pueblos, por el que mientras el progreso material se halla en su apogeo, el moral sufre una decadencia de barbarie como no puede menos de suceder cuando el hombre no se cuida para nada de Dios, antes se aleja rebelde de él, y solo cuenta con su razón, y se guía únicamente por su egoísmo. Pues, esto que tan á menudo se ha explicado á los adversarios del Catolicismo, sin que acaben de convencerse de ello, ahora tienen que tocarlo ya palpablemente. El ejemplo está patente y enseña elocuentemente á todos, que el hombre divorciado de Dios y entregado á su *razón libre* al emprender el bello y tentador sendero de los progresos materiales, se ofusca fácilmente con el brillo de sus conquistas, no se detiene y corre desalentado y loco hasta la más degradante de las idolatrías. Por eso decíamos que ciertos funestos conciliadores y amantes de términos medios tenían mucho que aprender hoy que solo se trata de estos dos extremos. Preciosa lección se les ofrece, en efecto, si quieren aprovecharla; observen de buena fe, estudien detenidamente y renuncien á toda composición ó avenencia, ateniéndose á la única solución posible que es la indicada en esos dos célebres muros que tan providencialmente ha colocado Dios el uno frente al otro.

R. CANO.

Tenemos ya el texto íntegro de la breve, pero sentidísima alocución pronunciada por el Santo Pontífice Pío IX el 17 de Junio en respuesta al Cardenal Patrizi, decano del Sacro Colegio.

Hé aquí este precioso documento:

«Doy gracias al Sacro Colegio por sus sentimientos, y ruego también al Señor por su prosperidad. Al fijar la consideración en las cosas humanas, no descubrimos verdaderamente en ellas más que motivos de angustia y temor. Una gran parte de la sociedad actual se deja seducir por las falsas ideas de progreso y unidad; pero es un progreso sin verdad; es una unidad sin caridad ni justicia. No podemos creer en ella; no vemos en ella más que la obra del egoísmo, y nada es más contrario que el egoísmo al espíritu del Evangelio.»

«Algunos años atrás condenamos una lista de errores que se ha llamado el *Syllabus*, y hoy repetimos y renovamos aquella resolución. Pero mi voz no basta para llegar á oídos de todos los fieles; se necesita también la vuestra, mis queridos hermanos; mis brazos están cansados, y es preciso que los sostengáis, como los levitas sostenían los del antiguo profeta. El Señor os ayudará con su misericordia, y no os faltará.»

«Teneis ya de esto una prueba material en ese bello triunfo que celebramos, pues es un verdadero triunfo ver el sepulcro de San Pedro rodeado de tantos Obispos procedentes de todas las comarcas de la tierra. Pueda la bendición que voy á daros en nombre del Señor ser una prenda de su misericordia. *Benedictio Dei Omnipotentis* etc.»

Asistían á este acto doscientos cuarenta Obispos que estaban profundamente conmovidos.

El día 26 habrá otro consistorio semi-público en que el Papa pronunciará otra alocución.

Continuase hablando en Roma de un próximo concilio. Algunos Cardenales y Obispos muestran dudas acerca de la oportunidad; pero el Papa lo desea, y es probable que su inspiración se lleve á cabo.

Había salido de Roma el general Durando después de tener su última entrevista con el Cardenal Antonelli; pero sin haber podido obtener la aquiescencia á la resolución del Gobierno italiano de introducir tropas suyas en los Estados Pontificios en caso de ocurrir algún desorden. El Padre Santo cree poder contar con su pequeño ejército, mas que con el auxilio de un vecino sospechoso.

Se esperaban en la ciudad eterna veinte y cinco Obispos de los Estados-Unidos.

COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA, EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA.

Copiamos con el mayor gusto de *El Comercio* de Cádiz el siguiente comunicado, que se refiere á un asunto de interés general, y acerca del cual, como nuestros lectores saben, ha manifestado marcada y justa predilección nuestro periódico.

En el colegio del Puerto de Santa María, dirigido por Padres de la Compañía de Jesús, van invertidos cerca de dos millones y medio de reales, gratuitamente facilitados á través de la crisis económica que estamos atravesando. ¿Quié-

ra Dios recompensar á los que han hecho tan buena obra!

Dice así:

«Señor director de *El Comercio*:

Muy señor mío: La inmensa importancia que tiene la cuestión de educación para aquellos padres que, teniendo conciencia de sus graves deberes, aspiran á dar á sus hijos, á la vez que sólida instrucción para el entendimiento, sólida educación para el corazón, me impulsa á ocupar un espacio en su estimable periódico, dando á conocer el establecimiento cuyo nombre encabeza estas líneas.

Ya tenía yo noticia de que una sociedad de padres de familia, que cuenta personas de las más respetables de Cádiz, Jerez, Sevilla y el Puerto de Santa María, levantaban en el emplazamiento del antiguo convento de San Francisco de esta última ciudad, magníficamente situado al efecto, un edificio destinado á rivalizar con lo mejor de su especie en Europa.

Lo he visitado y puedo dar testimonio de la esplanada, excelente distribución y condiciones de perfecta higiene que reúne. Baste decir, que podrá albergar con comodidad casi 400 internos y 40 profesores, ayudantes, etc., con el número correspondiente de sirvientes, para poder calcular sus proporciones.

Pero magnífica como será esta parte material muy importante para la disciplina y salubridad de los educandos, la parte principal es la *dirección moral é intelectual*.

De la primera, responde la excelente disciplina que se observa y que atiende hasta los menores detalles, siendo, sin embargo, tan suave en su forma, que se capta el cariño de los alumnos, los cuales están contentísimos y trabajan con asiduidad á sus horas, así como juegan con ahinco en las que corresponden al ejercicio físico.

De la buena dirección de los estudios no deja duda el examen público, que con mucho gusto he presenciado, presidido por profesores del Instituto provincial, al cual se halla afiliado el colegio.

A pesar de que la epidemia de calenturas, que se desarrolló en el puerto en el pasado Diciembre, hizo suspender las clases y dispersar los alumnos por más de dos meses en lo más crítico del curso, el resultado ha sido tan altamente satisfactorio como lo demuestra el siguiente dato:

Alumnos examinados de los tres años primeros.....	54
Han obtenido notas completas de sobresalientes.....	20
De notablemente aprovechados.....	14
De buenos.....	16
Medianos.....	4
Total.....	54

y ninguno, por consiguiente, *suspense ni reprobado*.

Este resultado habla más que cuanto pudiera decirse á favor del establecimiento.

Felicito, pues, á los celosos é inteligentes eclesiásticos que lo dirigen, á la empresa que así logra el premio de sus esfuerzos, y á la ciudad del Puerto, cuya importante cooperación le ha obtenido la preferencia para alcanzar la creación allí de un establecimiento tan importante por todos títulos.

Para que el próximo Septiembre se trasladen al nuevo edificio, con lo cual cesarán las dificultades para obtener admisión, que ha habido hasta ahora, por no bastar el local provisional para las muchas solicitudes que se presentaban.

Anticipo á Vd. las gracias por la inserción de estas líneas, y me ofrezco á sus órdenes atento S. S. Q. B. S. M.—Un transeunte.

A *La Reforma* no le agrada que en apoyo de la doctrina evangélica sobre la santificación del domingo, hayamos echado mano del socialista Proudhon, y exclama:

«Es posible, nos hemos dicho en presencia de estos hechos, que los neo-católicos estén tan desmoralizados de ciencia propia, que cuando necesitan discutir con los liberales, tienen que pedir prestados á los revolucionarios los mas exagerados argumentos y datos? La verdad es que á esto se ven obligados, porque, como la doctrina que han fingido no tiene razón ni fundamento, el terreno se les hunde bajo los pies, cuando crecen estar en lo firme, hallan que por do quiera brotan contradicciones.»

Méenos palabrería señora *Reforma*, y más sentido común, ó mejor buena fe si á Vd. le place. ¿Es posible, dirémos parodiando á *La Reforma*, que tanto ciegos á los periódicos liberales su prevención contra nosotros y las cosas que nosotros defendemos, que no les detenga en su camino de impugnarnos á tantas y á ciegas (á tantas las mas veces) la consideración de que se les puede reir en sus barbas el que á la imparcialidad necesaria reuna cuando menos un átomo de buen sentido? ¿Será posible que *La Reforma* desconozca la fuerza que para los liberales debe tener la autoridad de un hombre tan liberal como Proudhon? ¿O creerá, por ventura, aquel periódico que nosotros escribimos de la observancia de los domingos para convencer de esta obligación á los que la cumplen como Dios manda? ¿No tiene noticia *La Reforma* de los apologistas involuntarios de la religión católica?

Por lo demás, si *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* se publicó ayer, día de San Juan, sepa *La Reforma* como nuestros lectores lo saben hace mucho tiempo, que nosotros impetramos y obtuvimos de la autoridad eclesiástica la indispensable licencia por escrito.

Y continúa *La Reforma* discutiendo de esta extraña manera:

«Puesto que la religión lo manda, nada mas justo que pedir la santificación de las fiestas; pero ¿cabe dentro del espíritu de esa misma religión, que siempre tienen en los labios nuestros neos, el que se imponga á la fuerza el cumplimiento del precepto? Mas claro: ¿está conforme con la pureza que constituye el carácter de los deberes religiosos, la intervención que para su cumplimiento exige al Gobierno *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*? ¿No será mas grato á los ojos de Dios, que no se trabaje el domingo porque la religión lo veda, que no por que un ministro lo mande? No se le ocurre á nuestro colega, que así como cumple un deber religioso no trabajando cuando la Iglesia le lo impide, nada grato haga á los ojos de Dios si no trabaja porque el Gobierno le lo prohibe ó porque no tenga otro medio que no trabaje?»

¿Quién le ha dicho á *La Reforma* que la autoridad no tiene el derecho y el deber de hacer cumplir todo género de preceptos, así civiles como religiosos? Pues qué; los mandamientos de la ley de Dios, ¿no son antes que todas las prescripciones administrativas y políticas del mundo?

Y el padre en la familia, y el Gobierno en el Estado, ¿no tienen obligación de guardar y hacer guardar la ley de Dios, de grado ó por fuer-

za, como tienen obligación de hacer guardar las leyes civiles de grado ó por fuerza? Que el mérito del que lo hace por fuerza es nulo ó menor que el del que voluntariamente lo cumple, ya lo sabemos; ¿pero quién habla del mérito particular de un individuo? ¿No se trata aquí del derecho y de la obligación del Gobierno? ¿Pues á qué se va por los cerros de Ubeda *La Reforma*?

En el espíritu de la Religión católica entra que el bien se haga, no sólo de buen grado, sino con amor; pero esto no impide que la Religión misma imponga castigos, como los impone Dios, á los que no cumplen con su ley.

Y no queremos seguir adelante; porque esto, de puro claro y sencillo, es pueril. Si no comprendiésemos la intención con que *La Reforma* dice todas estas cosas, pensaríamos que el tal periódico andaba mal, muy mal de la cabeza.

La Reforma hoy nos favorece con sus insultos. Hé aquí en prueba de ello como escribe:

«Hay algunos periódicos que sin más afán que conservar ó aumentar las suscripciones, dicen cuanto se les antoja, sin hacerse nunca cargo de las réplicas de los diarios á quienes atacan con la mayor dureza. Esta táctica no es nueva, pero jamás la ha empleado la prensa que comprende la misión que tiene, porque no es digno dirigir el ataque sin publicar la defensa del contrario. Sugiérenos estas reflexiones las siguientes líneas de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*:

«Los liberales son insaciables. Apenas han visto que Su Santidad ha tenido á bien suprimir algunos días de fiesta, dirigen ya sus tiros al presupuesto eclesiástico, y no cesarán de clamar hasta que un Gobierno, cualquiera que él sea, caiga en la mala tentación de hacerles caso.»

Antes que hubiera noticia en Madrid de que Su Santidad había tenido á bien suprimir algunos días de fiesta, *La Reforma*, al examinar las medidas financieras presentadas á las Cortes por el Sr. Barzanallana, dijo que sería conveniente, de acuerdo con el Padre Santo, hacer algunas economías en el presupuesto del Clero, reduciendo las diócesis y adoptando algunas otras disposiciones, encaminadas á aliviar las cargas del Erario, que son excesivas, comparándolas con los ingresos y con la riqueza imponible de la nación.

A esto, que no puede ser más razonable ni más justo, contesta *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, «que los liberales somos insaciables.»

España tiene diez y seis millones de habitantes, su presupuesto es superior á sus fuerzas productoras, y paga por el concepto antes indicado tanto como Francia, que cuenta con treinta y siete millones de almas y posee una riqueza mucho mayor que la nuestra. Esto prueba que es indispensable revisar el presupuesto eclesiástico, de acuerdo con el Padre Santo, repetimos, para que con las economías que deben hacerse en los demás ramos de la administración pública se llegue á la tan deseada como precisa nivelación de los ingresos con los gastos.

Si *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* conoce otro sistema de salvar la Hacienda de los graves apuros en que se halla, que lo diga y se lo agradecerá mucho el señor Barzanallana.

No deja de tener gracia en las columnas de *La Reforma* el cargo que nos hace este periódico de que decimos cuanto se nos antoja sin contar con las réplicas de nuestros adversarios. Por si nuestros lectores lo han olvidado, *La Reforma* es el diario que para atacar precisamente el presupuesto eclesiástico, tomó de *La Epoca* ciertos datos falsos, y los tomó después de haber dicho nosotros que no eran ciertos. ¿Qué diría *La Reforma* si en vista de su conducta ligera cuando menos, nosotros sostuviéramos que solo se proponía, no ilustrar, sino embaucar á sus lectores? Pues aplíquese el cuento.

Por lo demás, al escribir nosotros las líneas que copia el periódico liberal, recordábamos perfectamente que *La Epoca* primero y sus colegas liberales después, habían hablado de la reducción del presupuesto eclesiástico; pero nadie, hasta que *El Imparcial* lo hizo, había proclamado á Pío IX como el mejor ministro de Hacienda de España porque había suprimido algunos días de fiesta, para acabar pidiéndole que disminuyese también los gastos del culto y Clero. ¿Comprende ahora *La Reforma* por qué nosotros decíamos con harta razón que los liberales son insaciables?

La comparación de España con Francia que nuevamente saca á relucir *La Reforma*, ni siquiera es de su cosecha, sino de la cosecha de *La Epoca*, y tampoco significa nada, absolutamente nada. Más habitantes que Francia tiene la China, y sin embargo, el Culto y Clero católicos en China deben costar mucho menos que en el vecino imperio.

Por último *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* en efecto conoce un medio eficazísimo de salvar, no solo la Hacienda, sino también la sociedad española: para ello, lo primero que se necesita es arrojar con mano fuerte de la cabecera de ambas á tantos ramplones curanderos como están aniquilando inútilmente las fuerzas de una y otra.

Creeríamos faltar á nuestros deberes de escritores católicos si no nos apresurásemos á insertar en *EL PENSAMIENTO* la desconsoladora carta que hemos recibido del señor Cura de Poveda de las Cintas, y no llamásemos sobre su contenido toda la atención del señor ministro de Gracia y Justicia.

Siendo exactos los hechos que en ella se refieren, como no pueden dejar de serlo cuando los cuenta un respetable Cura párroco, urge que el señor ministro ponga remedio á mal tan grave y apenas concebible en un país esencial y exclusivamente católico.

Hé aquí ahora la carta á que nos referimos:

«Señor director de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*:

Muy señor mío y de toda mi consideración: Nuevamente me dirijo á Vd. por si tiene á bien ayudarme con su autorizada pluma á llamar la atención del Gobierno de S. M. C. para que se dignen dar por terminado el expediente último formado para construir la iglesia en esta parroquia, por haberse arruinado hace seis años la que existía de tiempo inmemorial.

Cuatro años hace que se están celebrando los Divinos Oficios en un PAJAR TEJIANO, APUÑALADO

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á las particulares que anuncien periódicamente.

TRADUCIDO DEL ITALIANO.

- unidad social.
2. ◦ El sufragio universal.
3. ◦ Posesion de la autoridad.
4. ◦ Emancipacion de los pueblos adultos
5. ◦ Libertad.
6. ◦ Libertad de la prensa.
7. ◦ Teorias sociales sobre la enseñanza.
8. ◦ Naturalismo.
9. ◦ Felicidad social.
10. Division de los poderes.

Se está imprimiendo el tomo segundo.

DEBUTOS El catalán de Valls, de Valladolid, de Vitoria, de Zamora, de Salamanca, de Segovia, de Calatayud y de la sociedad de defensores de *San Felipe*, en diez tomos ya impresos, con cada uno cincuenta sermones, más, cada uno, cuatro discursos de diverso estilo y asunto para cada domingo de todo el año, misterios y fiestas, según las distintas circunstancias en que el orador pueda hallarse; con más de sesenta panegíricos de la Virgen, y novenario y setenario de Dolores; con muchos de Santos, y con sencillas pláticas sobre el Símbolo, Decálogo, Sacramentos, Misa, Animas, y otras varias materias. Segunda edición, corregida y aumentada. Un ilustre Prelado ha calificado esta obra de *verdadero arsenal católico*, al recomendarla al Clero joven de su diócesis. Con los discursos añadidos en esta nueva edición se han publicado también dos tomos en edi-

En la calle del Molino de Viento, Entimero 32, cuarto 2.º de la derecha una señora sola admite una ó dos personas de confianza en su compañía. No es casa de huéspedes. En las oficinas de este periódico se dará razon más circunstanciada. La casa es propia para algun señor Sacerdote y muy recomendable á toda persona de buenas costumbres.

Farmacéutico, 40, rue Bonaparte, en Paris.
 Venta por mayor: Madrid, Agencia franco-española, calle del Sordo, 31; por
 menor, Sres. Borrell, hermanos, Escalar, Moreno Miquel y Sanchez Oceana; en
 provincias, en las principales farmacias. (A.)

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, calle de Pelayo, n.
á cargo de R. Labajos y Arenas.

s dar á la naturaleza ninguna aureola, ni á lo real
algún reflejo que lo transfigure, á qué objeto tienen
vuestras estatuas, vuestras pinturas, vuestros libros

quehen auxiliares mas poderosos ni complices más populares.